

Mateo Alemán en primera persona

Francisco Ramírez Santacruz
(Benemérita Universidad Autónoma de Puebla)

Entre portadas, retratos, prólogos, dedicatorias, fe de erratas, cartas y no pocos pasajes de sus libros Alemán construyó un amplio y multifacético discurso del *yo* que es, en última instancia, un meditado y bien logrado esfuerzo de calculada autorrepresentación. En ninguno de sus libros se observa con mayor claridad este afán que en la *Ortografía castellana* (México, 1609), primer tratado ortográfico publicado en el Nuevo Mundo. La obra es un alegato a favor del fonetismo, de la racionalización de las funciones del signo escrito y de los más avanzados productos del racionalismo crítico y del arbitrio preilustrado; por donde se le mire, la *Ortografía* muestra su radicalismo y su pretensión innovadora. No menos lo hace en el manejo del autobiografismo, pues ninguna otra obra de carácter ortográfico de la época confirió al discurso-*yo* tanto protagonismo.¹ Dicho de otra manera, en su *Ortografía Alemán* se mira a través de una serie de autorretratos o *personae* pósticas en el espejo de la sociedad y el mundo se mira en él.

Ahora bien, si se considera que en su producción anterior a 1609 Alemán edificó su discurso-*yo* no solo sobre una serie de afirmaciones explícitas, sino también a través de alusiones, encubrimientos y, por lo menos, un pseudo-anonimato,² cabe preguntarse, entonces, si no también conviene tener en cuenta dichos procedimientos al acercarnos a la *Ortografía*. A mi modo de ver la palabra encubierta en combinación con las explícitas referencias autobiográficas es lo que le termina de conferir al texto su alto grado de intimidad y emotividad amén de producir un fértil terreno para la ambigüedad interpretativa. En consecuencia, en el presente estudio me enfocaré primero en analizar la manera en que Alemán construye su discurso-*yo* y en identificar sus principales temas para, posteriormente, detenerme en el quizá aspecto más complejo y decisivo de su autorrepresentación, a saber, su relación con Sevilla.

El escritor del Betis consideró prudente ofrecerle a su público desde su primer libro una guía de lectura: “Mucho te digo que deseo decirte, y mucho dejé de escribir que te escribo” (Alemán 2014c, 30), es la célebre fórmula bajo la cual Alemán en uno de los prólogos del *Guzmán* de 1599 resume su poética de la palabra encubierta. Consciente de que los lectores no forman una masa homogénea, Alemán pone sobre aviso a aquellos que saben leer entre líneas y de esta manera se convierte en uno de los primeros escritores de la temprana modernidad en dotar al espacio de “lo no dicho” de un valor estético fundamental.

¹ Sostiene Navarro Tomás: “Un aspecto especialmente interesante de este libro consiste, en efecto, en ser la obra en que se encuentran más noticias acerca de la poca conocida vida de Alemán” (xxxvii). En la mayoría de las ortografías o de los manuales de escribientes del Siglo de Oro se observa poca disposición a la subjetividad y a la incorporación de apuntes autobiográficos, siendo, tal vez, las dos excepciones la *Ortografía y pronunciación castellana* (1582) de Juan López de Velasco y la *Ortografía kastellana nueva i perfeta* (1630) de Correas. En esta última, el célebre paremiólogo, que consideraba a Nebrija y a Alemán sus dos más grandes antecesores en materia ortográfica, se permite un tímido esbozo de autobiografismo que, por lo demás, está muy lejos del desbordamiento del *yo* practicado por Alemán: “Esta perfección buscaron los otros y descubrieron mucho de ella, y yo el todo. Que maravilla yo, que he gastado cuarenta años en estudios en Salamanca, y los más enseñando lenguas, por donde me co[n]sta más de la importancia de la buena ortografía. Que los que por esto no han pasado, no pueden ser bien jueces de escribir” (42; modernizo ortografía y puntuación).

² Me refiero al elogio firmado por el alférez Luis de Valdés, que fue, con grandísima probabilidad, redactado por el propio Alemán.

Desde el punto de vista narratológico, la *Ortografía* cumple de manera bastante ortodoxa el “pacto autobiográfico” según fue formulado por Lejeune. Aunque nunca el narrador-protagonista se identifica con el nombre de Mateo Alemán, todos los indicios sugieren que comparte identidad con la persona que puso su nombre en la portada y cuyo retrato en madera fue incluido en la obra. Ahora bien, dicho pacto presupone que quien narra presente los hechos como si fuesen reales, pero esto no significa que, en esencia, así hayan sido (Pozuelo Yvancos, 29). Para el caso de nuestro autor precisa, además, tener muy en cuenta que se encontraba obseso por el binomio vida y escritura según dan fe el *Guzmán de Alfarache*, pseudoautobiografía que revitaliza el relato en primera persona, y el *San Antonio de Padua*, hagiografía que no solo reconstruye la vida de un santo, sino que también le permitió a su autor experimentar con varios modos de autorrepresentación.³

Todo lo anterior es otra forma de decir que Alemán fue, como quizá todos, un autobiógrafo interesado. Ahora bien, ¿cuáles son los aspectos claramente autobiográficos que aparecen en la *Ortografía castellana*? Estamos frente a un arcoíris de acontecimientos que se extiende a lo largo de seis décadas. Las remembranzas abarcan recuerdos de la infancia, de la juventud y de la etapa adulta, llegando incluso a los días inmediatos al exilio. Los elementos autobiográficos cumplen además una función estructural, pues suelen servir como bisagras para pasar de un tema a otro.

Destaca que un número importante de los recuerdos pertenezca a aquella etapa que normalmente queda muy oscura en las biografías: la niñez. Con Alemán asistimos a su aprendizaje escolar: enseñanza del alfabeto, ejercicios caligráficos expresamente diseñados para dominar distintas tipografías y ejercicios de memorización a partir de antiguos romances. La experiencia fue, por lo que se logra traslucir, absolutamente traumática para nuestro escritor⁴: “Alabo el ser buen letor y vitupero su mala orden y mucha negligencia [de los maestros], pues comenzábamos niños y salíamos casi barbados a la gramática, pasándose lo mejor de la vida entre las coplas del marqués de Mantua y fecha la plana” (Alemán 2014a, 335). La cita traza una pintura viva de las ideas pedagógicas conservadoras de su tiempo.

La etapa reconstruida es la del niño Mateo de 6 o 7 años, a mayor precisión, los años de 1553 o 1554. Sorprende ver el detalle con el que el casi anciano escritor revive sus arduos ejercicios caligráficos:

Yo me acuerdo que la primera letra que supe fue la que hoy se usa en los libros de la Iglesia que llaman de redondo; después me pusieron en tirado, de tirado pasé a cortesano, a medio punto y a punto entero; luego escribí de caja, que aun se practica hoy en los libros della y la llaman redondilla, y últimamente me pusieron a escolástico y bastardillo, que agora usamos comúnmente; y creo se me quedan otras tres o cuatro

³ Según ha sugerido Cavillac, Alemán pretende crearse a partir de una manipulación textual “una *novela familiar* germano-lusitana ejemplarmente ortodoxa” (2010a, 30). Vitse ofrece argumentos relevantes contra la hipótesis anterior (76-77). Sea como fuere, no es este el único intento de autorrepresentación dentro de la hagiografía. Hay, por lo menos, otro importante en el relato del milagro de Cartagena que, según Alemán, lo motivó a escribir su texto (Alemán 2014b, 577-578).

⁴ Antes de explicar siquiera el significado técnico de los vocablos “ortografía” o “letra”, el escritor del Betis opta por dedicar un capítulo al problema de la enseñanza, lo que revela mucho de sus prioridades. Para una valoración de las ideas pedagógicas de Alemán, remito a Gómez Camacho, quien, entre otras cuestiones, advierte que una “novedad radical en la obra de Mateo Alemán reside en que fue el primero que de forma expresa y recurrente acude a las vivencias de maestros y alumnos para justificar sus reformas” (161).

estaciones que anduve con las dichas, que fueron chancilleresca, francesa, encadenada y grifo. (Alemán 2014a, 334)

Alemán se opone, en primer lugar, a la futilidad de esta práctica que solo conduce a saber “revolear la pluma con donaire” (Alemán 2014a, 311) y que convierte a los niños en meros dibujantes de letras en detrimento del desarrollo de un pensamiento crítico. En segundo lugar, se desarrolla una poderosa imagen metapoética que pone en el centro de la discusión al objeto que hace posible la escritura: la mano como narradora y personaje de su propia historia.

Amén de los insistentes recuerdos sobre la adquisición de las prácticas de la escritura, Alemán recupera de su infancia un momento epifánico, que le permite elaborar un discurso relacionado con algunos de los temas históricos y sociales más candentes de la España imperial. Se trata de un encuentro con un viejo soldado cuya imagen, actitud y cosmovisión marcó a tal grado al niño que décadas más tarde no ha olvidado su nombre: Montesdoca.⁵ Alemán no ofrece datos precisos para datar el encuentro pero lo podemos suponer en la primera década de su vida. Escuchemos al niño Mateo:

También debe de tener alguna parte de esta culpa que según tenemos amor —si así decirse puede— a las cosas de nuestros progenitores, que nos parecen cosa sagrada y que no se debe tocar a ellas; de aquí nace sustentarse vejeces, alhajas y cosas viles de ningún provecho, por solo haber sido tuyas. Yo conocí en mi niñez a Montesdoca, soldado viejo que lo había sido del emperador Carlos Quinto, el cual traía colgando del cinto un puñal de orejas de los del tiempo de marras, tan vil y despuntado que apenas con buenas fuerzas lo hicieran entrar por un melón maduro; y decía estimarlo en más que un majuelo que había comprado en mucho precio, y todo el fundamento de su estimación era porque un bisabuelo suyo, de Utrera, lo había dado a su padre para ir en el campo del rey don Fernando el Católico a la conquista del reino de Granada. (Alemán 2014a, 353-354)

La cita tiene como punto de partida una reflexión del autor en torno a la pereza intelectual de los españoles de su tiempo. Se trata no solo de una “diatriba anticonvencional” (Rico, 916), sino de un ataque contra los más altos valores de la sociedad de aquella época. Al señalar que “las cosas de nuestros progenitores” son valoradas como “cosas sagradas”, Alemán convierte al linaje en el blanco de sus críticas, pues España ha decidido ordenar su sistema de reconocimiento social en torno a las nociones de limpieza de sangre y nobleza hereditaria. A ojos del futuro exiliado, los españoles prefieren guardar sus riquezas (“alhajas y cosas viles”) a invertir las productivamente (trabajar la viña). Pero para que España se abra al progreso económico debe abandonar, según Alemán, la diferencia entre *crístianos viejos* y *nuevos*. Desde la perspectiva que imprime Alemán a su remembranza el viejo Montesdoca es la alegoría perfecta de la axiología nobiliaria, que en una suerte de fetichismo se aferra a un puñal que simboliza su procedencia de una línea directa de sangre vinculada con logros

⁵ Rodríguez Marín sugiere que Alemán debió de haber escuchado en una o dos ocasiones al tal Montesdoca — el cual no parece haber estado relacionado con el impresor Martín de Montesdoca de Utrera—, dando a entender que se trató de un personaje que gustaba de contar sus historias frente a un público ávido de hazañas bélicas (1907, 12). Retomo en los párrafos siguientes ideas expuestas en dos artículos míos (2014a y 2014b), donde analizo a detalle este episodio.

históricos de una casta específica, la de los *cristianos viejos*.⁶ Visto así, Alemán establece con lucidez absoluta, y casi peligrosa, que la ruptura con el pasado consiste no solo en una postura fonológica o en el rechazo del dogmatismo en pro de la innovación, sino en la aniquilación del concepto de limpieza de sangre.

Por otra parte, la escena también ofrece una poética de la biografía a través de un entrelazamiento de vidas y tiempos en una sola oración. En el núcleo de la acción se encuentra la vida de Alemán niño alrededor de 1555; este niño, según sabemos, suele pasar muchas horas con la pluma en la mano aprendiendo caligrafía y ahora está embelesado por un personaje que lo vincula, a través de sus relatos, con la historia imperial de su propia nación. La siguiente vida que se nos revela es la de un militante de apellido Montesdoca. La alusión de que el soldado participó en la tropa de Carlos V evoca una vida al servicio del Imperio y nos ubica en la década de los años 20 y las batallas contra las Comunidades y contra Francia, donde fue capturado Francisco I. La tercera vida que surge de esta reminiscencia es la del padre de Montesdoca, que usó el puñal durante la caída de Granada en 1492. Con el progenitor de Montesdoca se trae a colación uno de los eventos épicos más relevantes en la historia de España: la culminación de la Reconquista. Y finalmente llegamos al patriarca de la dinastía bélica de los Montesdoca: un bisabuelo de Utrera, pueblo andaluz de importancia estratégica dentro de la línea fronteriza después de la reconquista de Sevilla. La actividad militar del bisabuelo la podemos fijar alrededor de 1430. En solo una oración hemos recorrido cuatro generaciones o algo así como 120 años de historia nacional que inicia con la estabilización de las fronteras en el sur, pasa por el año milagroso de 1492 y concluye con el surgimiento del imperio más poderoso de Occidente de aquella época. Pero en el fondo lo que se nos revela es no solo una genealogía del valor, de la cual el puñal es la metonimia perfecta, sino también una biografía de la nación hispánica.

En el drama de vidas que me ocupa guarda un lugar central la del niño Mateo. Pero no es la única con ese lugar de privilegio. También está presente el Mateo Alemán del momento de la enunciación, es decir, el viejo Alemán, cuya existencia se le habrá presentado en el año de 1609 como una *contrahistoria* de la saga de los Montesdoca. Hay que recordar que, a diferencia del padre de Montesdoca que sirvió bajo los Reyes Católicos, un antepasado de nuestro autor, conocido como Alemán *Pocasangre*, fue quemado por la inquisición que instauraron esos mismos reyes.⁷ A su vez, mientras la dinastía Montesdoca alcanzó fama y gloria sin salir de su tierra, Alemán perteneció a ese grupo de hombres y mujeres que, por alguna razón u otra, sintieron que en España tenían un futuro clausurado y optaron por el exilio hacia América, sitio asociado en la mentalidad de la época con el éxito comercial. En resumen, el recuerdo conecta al anciano Alemán con el niño Mateo estableciendo un puente entre varias décadas para la configuración del *yo* a través de los temas de la sangre, la economía y las políticas imperiales. De modo que el discurso-*yo* queda ligado irremediabilmente al discurso político y social de la España barroca.

Superada la niñez, Alemán ofrece pocos pero definitivos detalles de su segunda década de vida que tienen que ver con su formación intelectual. Alude de manera breve a su estancia en Alcalá, que está plenamente documentada (Rodríguez Marín 1933, 174-178), y a

⁶ Johnson fue el primero en destacar la importancia del binomio sangre y economía en el ejemplo que me ocupa (178-179).

⁷ Guillén (189-195), Gil (217-219) y Cartaya (283, n. 23), entre otros, han documentado fehacientemente la genealogía conversa de Alemán. Cavillac, sin embargo, ha argumentado en contra del parentesco entre el Alemán pasado por el fuego por la inquisición en el siglo XV, mayordomo de la ciudad de Sevilla, y nuestro autor (2010a, 31-33).

otra supuesta estancia en Salamanca de la cual no existe mayor certeza que sus propias palabras.⁸ Omite, por supuesto, decir que no concluyó los estudios y que, por consiguiente, no puede llamarse “médico”.

La etapa que va de su abandono de los estudios universitarios hasta los preparativos para su exilio mexicano es, como era de esperarse, la que ofrece la mayor cantidad de remembranzas. Algunas son simples reflexiones en torno a ciertos hábitos como, por ejemplo, su desacuerdo con el empleo abusivo de las letras capitales, o su confesión sobre su pronunciación andaluza, o sus discusiones, por lo visto, continuas e infatigables sobre el tema ortográfico.⁹ Pero también brinda otro tipo de información que permite datar de manera precisa algunos eventos a los que se refiere y, por lo tanto, reconstruir un pequeño episodio en tal o cual año de su vida. Por ejemplo, hacia el final de la *Ortografía* Alemán rememora un diálogo que escuchó cuando trabajaba como contador de resultas y que sostuvieron dos cortesanos el año en que llegó a la corte un enviado del papa Pio Quinto. Hay un consenso que dicho enviado debió de haber sido el cardenal Alessandrino que arribó en 1571.¹⁰ De esta manera no solo podemos ubicar a Alemán en la corte en ese año, sino que reconocemos a la *persona* poética que desea verse vinculado con la jerarquía social.

Después de esta fecha es casi imposible ubicar alguna otra dentro de la obra. Sorprende, por ejemplo, el silencio, tal vez tendencioso, que existe sobre años tan fértiles y llenos de actividad como fueron las décadas de los setentas y ochentas del XVI donde Alemán jugó un papel definitivo dentro de la Hermandad del Silencio, para la cual en 1578 redactó sus reglas¹¹; tampoco recuerda su primer intento de emigración a América (1582) o su asunción del cargo de juez de comisión. Una de las pocas referencias a estos años surge en el capítulo VIII cuando el escritor andaluz declara que hace veinte años el célebre ingeniero Juanelo Turriano construyó un mecanismo para llevar agua del Tajo hasta el alcázar de Toledo y con ello nos remite al año 1589.

Pero si no hay referencias concretas, sí tenemos momentos sumamente valiosos por su carga emotiva y por su importancia para que Alemán desarrollara su personalidad de escritor. Es así cómo en el capítulo VI encontramos una de las más gratas sorpresas que puede recibir el lector, ya que le permite asistir al momento en que Alemán tomó la decisión de ponerse a redactar la obra; aquella conversación sería algo así como la *Ur-ortografía*. Después de debatir con algunos maestros que consideraba abiertos a sus propuestas pedagógicas, Alemán no tiene otro remedio más que darse cuenta de que tampoco con ellos son sus ideas bienvenidas; acto seguido termina por lamentar que sus adversarios intelectuales tengan un pensamiento tan homogéneo:

⁸ Escribe el sevillano: “Yo me acuerdo haber asistido en las escuelas de Salamanca y Alcalá de Henares algunos años donde cursé” (Alemán 2014a, 410). Por otra parte, Rodríguez Marín consideraba plausible que don Hernando Alemán, padre de Mateo, hubiese estudiado en Salamanca (1907, 13).

⁹ “Lo que yo acostumbro es, cuando me ocurre alguna sentencia, notarla, comenzando con letra mayúscula no solo en principio de cláusula, mas en medio della, y aun temo que tomo mucha licencia” (Alemán 2014a, 393); “Lo que yo más advierto es en lo que también conosco que yerro algunas veces con descuido, porque me vuelvo al natural como la gata de Venus, y pecado general en los andaluces, de que no se han escapado los castellanos todos, poner ç por s, y z por ç, o al revés” (Alemán 2014a, 430-31).

¹⁰ A mayor precisión, se trató de Carlo Michele Bonelli (1541-1598).

¹¹ Señala García Fernández que “entre 1579 y 1582, lo vemos actuar en nombre de esta corporación en diferentes pleitos mantenidos contra el Hospital de los Convalecientes [...]. Asimismo, Alemán sería el gran impulsor de las obras que desde 1579 a 1587 se realizarían en la Capilla del Santo Crucifijo sede ya estable de la Hermandad” (57-8).

Lo que más es de considerar fue que, como si les hubieran labrado los entendimientos en una misma turquesa o cortádoslos a una marca, lo mismo que los unos me respondieron los otros, no haciendo diferencia aun en las palabras. Disimulé con ellos y no conmigo, que luego propuse de hacer este breve tratado para confusión de sus ignorancias, en aprovechamiento de los que quisieren salir de ellas. (Alemán 2014a, 372)

En otras palabras Alemán nos está comunicando el momento en que decidió convertirse en escritor y la *Ortografía* sería no solo el primer libro que quiso escribir, sino también el primero que comenzó, aunque haya requerido más de dos décadas para concluirlo.

Finalmente, para algunos las menciones autobiográficas ofrecen suficientes pistas para reconstruir el itinerario final de Alemán previo al exilio:

Doy mi palabra que habrá pocos días que, siendo huésped en un lugar del condado de Niebla de más de quinientos vecinos, vi que muchos llamaban *escribén* a el escribano, y el mismo escribano, hallándose presente a cierta conversación escolástica que tratábamos el cura y yo, nos dijo: “Por esta *sofricanza* de cruz, qu’ es hecha de güeso y carne, que les diera no sé qué por saber *latigar y destoir* los latines como ellos”. Quiso decir *litigar y construir*, y para esto hizo una cruz con el índice y el pulgar, poniendo una hechura de toda la mano que pudiera bien servir para el candelero de tinieblas. (Alemán 2014a, 349-50)

Rodríguez Marín (1907, 39) deduce de esta información una supuesta estancia de Alemán antes de su partida a México en el condado de Niebla y, más específicamente, en la villa de Trigueros, donde residían parientes suyos (*Ibid.*). Pero lo cierto es que Alemán silencia el nombre de dicho pueblo, como si fuese un lugar de cuyo nombre no quisiera acordarse. Sea como fuere, esta mención nos sitúa frente al Alemán anciano en uno de sus últimos momentos en la Península.¹²

Según se puede colegir, la *Ortografía* es, en efecto, muy rica en datos autobiográficos, pero que han sido dosificados y revelados en función de un proyecto de autorrepresentación. El discurso-*yo* de Alemán se organiza en torno a tres ejes claramente definidos: niñez, juventud y madurez. Dentro del primer eje los temas dominantes son: 1. El niño avisgado que padece en la escuela por los métodos anticuados de enseñanza que están al servicio de una ideología conservadora; 2. El niño que disfruta escuchar historias y que desde un inicio queda marcado por el tema de la sangre y de las genealogías. En el segundo eje tenemos prácticamente solo un tema: el joven que se incorpora a la élite cultural al estudiar en sus máximos recintos universitarios y dar la impresión de haber obtenido un grado en uno de ellos. Y en el último eje, el de la madurez, contamos con tres temas fundamentales: 1. El *yo*-reformador, cuya obsesión por la ortografía lo motiva a buscar una reforma de las políticas educativas de su tiempo; 2. El *yo*-escritor, que decide fijar sus conversaciones y debates en

¹² Rodríguez Marín asume también que en Trigueros redactó Alemán buena parte de la *Ortografía* mientras esperaba (casi un año) a que saliera la flota hacia México (1907, 39). A su vez sostiene Navarro Tomás que “esta visita pudo ocurrir antes de la fecha de 1607 o 1608 que Rodríguez Marín supuso. Alemán tenía, por lo visto, en esos pueblos, familiares a quienes visitaría en más de una ocasión” (xvi).

torno al tema ortográfico; 3. El *yo*-burócrata, que como contador de resultas asiste a diálogos de poderosos en la corte.¹³

Ahora bien, como era de esperarse los maravillosos paratextos son también fundamentales para la configuración del discurso-*yo*.¹⁴ De entrada encontramos en ellos una de las dos versiones del retrato que Alemán incluyó en todas sus obras y en la que se busca una consciente construcción de una genealogía familiar que aspira a la nobleza así como una postura ideológica de pre-ilustrado (Cros; Piñero Ramírez, xxxiv-xxxviii y xliii-li); en las dedicatorias —una a Juan de Villela y la otra a la Ciudad de México— el autor construye su figura de “alegre y venturoso peregrino” (Alemán 2014a, 307). Y, finalmente, en la fe de erratas asoma una nota personal que nos remite al momento más cercano a marzo de 1609, cuando estaba el manuscrito a punto de irse a la imprenta. Me detendré en este último punto que ofrece un discurso-*yo* hasta ahora poco valorado.

Conocida es la afición de Alemán por la cuidada edición de sus obras. Micó (6) y Gómez Canseco (2012, 875) nos recuerdan las largas horas que pasaba revisando y corrigiendo obsesivamente el texto tras cada nueva edición del *Guzmán I*; a su vez Vitse muestra que también revisó, aunque no tan a conciencia como le hubiese gustado, el *San Antonio de Padua*. Sabemos también que las fes de erratas de las reediciones del *Guzmán I* y del *San Antonio*, aunque firmadas por otros o de manera anónima, estuvieron, en realidad, a cargo del mismo Alemán (Gómez Canseco 2012, 877, 881, 883-884 y 888). En cambio, en la *Ortografía castellana* Alemán se atreve a firmar por vez primera una fe de erratas con su nombre. Basta ya de anonimatos, de pseudo-anonimatos o de esconderse tras otros. Con este paso, pequeño pero decisivo, Alemán oficializó su obsesión por la revisión del texto.

Ahora bien, la fe de erratas de la *Ortografía* solo corrige once lugares, lo que parece demasiado poco, incluso considerando que el texto es mucho más breve que el *Primer Guzmán*, donde, por ejemplo, para la edición de 1601 Alemán realizó 115 enmiendas y, en consecuencia, redactó una de las fe de erratas más larga de la época. Ciertamente Cornelio Adriano César, impresor holandés que estuvo al frente de la imprenta donde vio la luz la *Ortografía*, trabajó muy bien y con dedicación, pero aun así se le escaparon muchas erratas que tampoco fueron subsanadas por el propio Alemán como aquellas en que se lee *loza* por *loça* o *braza* por *brasa* (Alemán 2014a, 407). ¿A qué se habrá debido que Alemán no identificara estos descuidos? El mismo texto nos da la respuesta.

La fe de “Erratas” no solo importa porque en ella asume Alemán abiertamente el papel de censor de su propio texto en un ejercicio metaliterario, sino porque en ella se encuentra una muy particular imagen de nuestro autor. A diferencia del cuerpo del texto donde el discurso-*yo* muestra a un Alemán decidido a pelear todas las batallas necesarias para imponer su proyecto pedagógico, ortográfico y, en última instancia, político, el *yo* de la fe de erratas ofrece una visión del artista enfermo incapaz de tener control sobre su propia creación: “En el corregir deste libro hice lo que pude: algunos acentos van trocados y letras por otras, aunque no alteran la sinificación del vocablo; súplalo el prudente y emiéndelo el sabio, que no es posible corregir bien sus obras el autor dellas, demás que la corta vista y larga enfermedad me disculpan” (Alemán 2014a, 301). Surge la impresión de que el *yo* del texto

¹³ Insisto en algunos silencios: Alemán omite cualquier alusión a su familia o a sus problemas económicos; de sus visitas a la cárcel —aspecto que fue, por ejemplo, fundamental para la autorrepresentación en Cervantes— y de sus anteriores esfuerzos de emigración tampoco comenta palabra alguna; finalmente, silencia sus vínculos con la Cofradía de Jesús Nazareno y no menciona a ningún amigo.

¹⁴ Para una lectura de estos preliminares como una declaración de principios, donde la novedad, la ruptura con el pasado y la renovación son la punta de lanza, ver Ramírez Santacruz 2014c, 106.

es el de un adulto vigoroso tal cual queda representado en el retrato en madera, mientras que el del paratexto es el de un anciano en decadencia. Visto así, la fe de erratas sería no solo la hoja donde se registran los errores del texto, sino también donde se señalan los “errores” del cuerpo frente al paso del tiempo; los gazapos textuales son enmendables, los otros, no.

Para concluir quiero regresar a un último ejemplo donde la palabra encubierta juega un papel fundamental para la configuración del *yo*. Según se sabe, el fantasma de Sevilla recorre toda la obra de Alemán.¹⁵ El nivel de repulsión que llegó a sentir por su ciudad natal ha llevado incluso a un crítico a hablar de “la Sevilla odiada de Mateo Alemán” (Gómez Canseco 2013). No existe, sin embargo, una respuesta definitiva para entender las razones de Alemán para borrar ciertos aspectos de Sevilla de su biografía.¹⁶ Gómez Canseco piensa que nuestro autor no podía olvidar que un antepasado suyo fue quemado por la inquisición sevillana (2013, 116); Saura Falomir opina que Sevilla después del encarcelamiento de 1580 le “resulta[ba] incómoda” (citado por Guillén, 179), lo que puede ser muy plausible, pues esos mismos años fueron de los mejores de Sevilla y tal vez Alemán estaba dolido de no haber podido participar de la bonanza de la ciudad; Cavillac, por su parte, señala que Alemán huía de Sevilla al exiliarse en México (2010b, 163). Márquez Villanueva intenta equilibrar la cuestión al considerar a Alemán una “víctima” de la ciudad y advierte que el fracaso de Alemán es a la vez un fracaso de Sevilla (46 y 48).

Pero, al parecer, las cosas no siempre estuvieron tan mal entre Alemán y la capital del Betis. Por ejemplo, cuando se presentó al mundo como *autor* lo hizo de la mano de su patria chica, a la que en su juventud, según algunas fuentes, dedicó una historia.¹⁷ Aunque no inusual, tampoco fue muy común, que los autores optaran por incluir en las portadas de sus libros su lugar de origen, sin embargo, Alemán no dudó en poner al lado de su nombre en las cuatro portadas de la *Primera parte de Guzmán de Alfarache* que fueron revisadas por él la locución “natural vecino de Sevilla” (Gómez Canseco 2012, 932-933). La primera portada corresponde al año 1599 y la última, al de 1602. Sin embargo, ni en el *San Antonio* ni en la Segunda parte del *Guzmán* —o sea solo dos años después— se vuelve a mencionar en las respectivas portadas su ciudad de nacimiento, es decir, a partir de aquí prefiere separar su personalidad de *autor* de cualquier vínculo con la capital del Betis. Por consiguiente, es plausible asumir que en estos años se haya empezado a gestar el distanciamiento y el resentimiento definitivos.

Dicha decisión, sin embargo, no impidió que Sevilla tuviese algún protagonismo dentro de ambos textos. Por ejemplo, en el autoelogio, aunque firmado por el alférez Luis de Valdés, leemos como glorioso final el siguiente apóstrofe: “¡Oh, Sevilla dichosa, que puedes entre tus muchas grandezas y como una de las mayores engrandecerte con tal hijo, cuyos trabajos y estudios indefensos, igualándose a los más aventajados de los latinos y griegos,

¹⁵ Para el tema ver particularmente Márquez Villanueva (46-45 y 61)

¹⁶ Por ejemplo, el gran silencio de Alemán en torno a su formación universitaria es la omisión de sus dos estadías en la Universidad de Maese Rodrigo en Sevilla; nuestro autor jamás menciona en la *Ortografía*, ni en ningún otro lado, que en 1564 se graduó como bachiller en Artes y Filosofía (Rodríguez Marín 1933, 173) y que en 1580 se matriculó en Leyes en la misma institución (Rodríguez Marín 1933, 183). En cambio, como he señalado, recuerda con orgullo sus estadías en Salamanca y Alcalá pese a que no hubo un final feliz pues no obtuvo el grado de médico. Ciertamente, el Colegio de Santa María de Jesús no contaba con el prestigio de las otras dos célebres universidades, pero no dejar registro alguno de dicho paso por los claustros sevillanos llama poderosamente la atención.

¹⁷ González refiere que el sabio hispalense del siglo XVII, Juan de Torres Alarcón, dice haber leído una *Historia de Sevilla* por Mateo Alemán (101).

han merecido que las naciones del universo, celebrando su nombre, con digno lauro le canten debidas alabanzas!” (Alemán 2014c, 384). La oración no es otra cosa más que la petición del *hijo* a su *madre* para que se sienta orgullosa de sus logros; Alemán en 1604 evidentemente aún se consideraba hijo de Sevilla al grado de buscar su reconocimiento. Y lo mismo vale, en cierto sentido, para el *San Antonio*, donde a Sevilla la llama “mi patria” (Alemán 2014b, 21).

Pero es en el *San Antonio*, donde precisamente empieza a aflorar un distanciamiento más fuerte¹⁸ y a desarrollarse el tema del hijo rechazado que busca una nueva madre, pues Alemán deja entrever que Lisboa ocupa un lugar aún más especial en su corazón que Sevilla: “Después de haberla recobrado los cristianos de la tiranía de los moros africanos [a Lisboa], como está dicho, de tal manera se fue poblando y ennobleciendo que, siendo en los presentes tiempos la mayor de las Españas, es la mejor del reino de Portugal, una de las más principales, generosa y noble de toda Europa” (Alemán 2014b, 186). Ante la sorprendente afirmación en boca de un andaluz el editor moderno del *San Antonio* se ve obligado a comentar que “a pesar de ser sevillano, Alemán, por amor a Portugal y a su santo, no vacila en dar a Lisboa el primer rango que, a finales del XVI, ocupaba Sevilla entre las ciudades de la península”.¹⁹

El tema del hijo rechazado o, si se quiere, de la orfandad simbólica llega, por supuesto, a su punto culminante en la *Ortografía*; es ahí donde Alemán confiesa lo inconfesable a guisa de un *mon coeur mis au nu*. En el capítulo dedicado a las vocales Alemán advierte que existe un grupo de hombres —los modernos— que han comenzado a abrir un camino hacia una reforma ortográfica; y añade una oración que parece marginal pero que le sale desde el fondo de su corazón: “Sea Dios loado que ya en Castilla y en mi patria —¡si dijera mejor, madrastra!— Sevilla se han levantado ingenios nacidos y cultivados en ella, que van poniendo los hombros en sus escritos contra la tropa de impropiedades que se nos iban introduciendo” (Alemán 2014a, 401). La afirmación está henchida de sentimiento. Lo que saca a la luz es el hecho de que no contar con el apoyo y el reconocimiento de su ciudad natal le ha dolido tanto como si fuese sido abandonado por su propia madre; la solución para salir de este dilema es la negación o sustitución de la madre. Es por ello que páginas más adelante Alemán declara que a los portugueses les tiene “afición y deuda por las muchas amistades que dellos tengo recibidas” (Alemán 2014a, 431) e inmediatamente después añade que lo han hecho sentir como si perteneciese a su nación: “estimando [los portugueses] generalmente mis papeles no como de castellano, mas cual si fuera yo de su propia nación y cercano deudo de cada uno” (*Ibid.*).²⁰

Con todo, la mención sobre Sevilla en este contexto no deja de ser ambigua, ya que no es del todo negativa, pues en ella hay ortógrafos que abogan por el fonetismo.²¹ Por otro lado, es muy interesante que al referirse a esta Sevilla intelectual con la que comparte un proyecto, Alemán recurra al término *patria* que está etimológicamente vinculado con lo

¹⁸ Es probable también en el mismo *Guzmán II* haya algunos signos de la relación conflictiva que se estaba gestando entre Alemán y Sevilla, pues Gómez Canseco piensa que el tetradístico de Rui Fernández de Almada podría ofrecer, en clave, una alusión a esta problemática (Alemán 2012, 365).

¹⁹ Sobre los portugueses leemos más halagos en el *San Antonio*: “Son de ingenio sutil, verdaderos en su trato, amicísimos de la honra, compuestos en sus costumbres, firmes profesores [‘mantenedores’] de su lengua y trajes [...]” (Alemán 2014b, 191-194).

²⁰ Cavillac ve en esta afirmación una muestra más de que “Mateo Alemán se sentía ‘lusitano’ de corazón” (2010a, 30).

²¹ Es muy probable que Alemán estuviese pensando en Fernando de Herrera (“nacidos y cultivados en ella”).

paterno y masculino; en contraste, cuando se refiere a la relación personal —familiar, diría uno— que guarda con su ciudad da un giro hacia lo femenino y la llama *madrastra*.

Bien mirado, tal vez haga perfecto sentido que en esta obra, que publica desde América donde aspiró a una vida distinta y donde quiso ser otro, niegue a la madre. En efecto, tal vez toda esta problemática cuestión sevillana refleje una aversión hacia lo materno. Sin querer analizar psicológicamente a Alemán, téngase en cuenta que el Mateo que llega a América no es el que solía ser en España. Me explico: nuestro autor se llamaba, aunque le gustara omitirlo, Mateo Alemán del Nero (o de Enero), sin embargo el que llega a América se nombra Mateo Alemán de Ayala.²² Rodríguez Marín conjetura que una de las razones es que un tal Juan Alemán de Ayala, escribano de Sevilla aún en 1568 y que en 1589 renunció a su oficio de escribano público en Santo Domingo para trasladarse a México, viviera todavía en la Nueva España y fuese pariente de Alemán; explica el erudito que fue muy común añadir al apellido propio el de aquella persona cuya protección se esperaba o incluso borrarlo por el otro (1907, 37). Pero también es cierto que con el *Ayala* Alemán sustituía el *del Nero* de su madre. En los Libros de asientos de pasajeros se omite el apellido materno de Alemán y el paterno de la madre: “Mateo de Alemán, natural de Sevilla, hijo de Hernando Alemán y de doña Juana, se despachó a la Nueva España” (Rodríguez Marín 1933, 216).²³ Ya omitiendo, ya sustituyendo, lo que resulta es una negación de la madre.

El tema de la madre o de lo materno en Alemán merece, en realidad, un estudio aparte.²⁴ Para nuestros fines baste, por el momento, con señalar que en América Alemán fue ese otro que tanto deseó gracias a un exilio doblemente liberador. No solo se liberó de una España que al parecer lo agobiaba, sino que pudo dejar de sentirse huérfano al buscar refugio en el seno de la Ciudad de México como antes lo había hecho con Lisboa. A su nueva “patria” le dedica su *Ortografía* que ofrece, como ninguna otra de sus obras, tantas revelaciones sobre su personalidad: “Recibe agora, pues, ¡oh ilustre ciudad generosa!, este alegre y venturoso peregrino, a quien su buena fortuna trujo a manos de tu clemencia” (Alemán 2014a, 307). Al

²² Gestoso reproduce el expediente entregado por Mateo Alemán al Consejo de Indias para que autorizara su viaje: “En Sevilla en la Casa de la Contratación las Indias a ocho días de junio de mil y seiscientos y siete años el dicho Mateo Alemán de Ayala [...]” (21; modernizo la ortografía). Sabemos que venía usando ese nombre desde 1600 según el resto de los documentos reproducidos por Gestoso, pero lo llamativo del caso es que siempre lo hace en asuntos relacionados con América. Asimismo, su solicitud para exiliarse en México ofrece una sugestiva perspectiva sobre cómo se veía Alemán a sí mismo a punto de cumplir los 60 años y en ella recurre al tema de la orfandad de manera especular a través de su amante: “El contador Mateo Alemán de Ayala dijo que, habiendo servido a vuestra majestad muchos años en materia de papeles y cuentas, y particularmente entretenido en la contaduría mayor de ellas y muchas comisiones de servicio de V.M. de cosas tocantes a su real hacienda, y gastado la mayor parte de su vida en estudio y lectura de letras humanas y escrito algunos libros, se halla al presente desacomodado y con deseo de proseguir su servicio en las Indias, donde los virreyes y personas que gobiernan tienen necesidad de personas de suficiencia, y porque a esto se junta tener primo hermano muy rico en las minas de San Luis de Nueva España que le ha enviado llamar, suplica a V.M. le dé licencia para pasar a la dicha Nueva España y llevar tres hijos pequeños que tiene, que el mayor es de doce años, y una sobrina asimismo niña y huérfana y una criada que les sirva y administre por ser tan pequeños y algún criado, que en ello recibirá merced” (Schons, 17).

²³ Explica el editor de los documentos que este par de omisiones no se hizo sin malicia, “porque, estando prohibido el pasaje para Indias a los sujetos de no limpia generación [...], era muy arriesgado traer a cuento el apellido de *Enero* o *Henero*, que en Sevilla olía a judío a cien leguas” (1933, 216 n. 1).

²⁴ A sabiendas de que se da una importante identificación entre autor y protagonista, pero sin querer replantear aquí la tesis autobiográfica, vale la pena recordar que Guzmanillo hace exactamente lo contrario: “no me quise valer del apellido de mi padre: púseme el Guzmán de mi madre” (Alemán 2014c, 76). A su vez, Guillén sostiene que el argumento del *Guzmán* es, en lo que respecta a su autor, “un retorno imaginario a sus orígenes maternos” (191).

trasluz de lo anterior se puede afirmar que con el discurso-*yo* americano Alemán deja de sentirse un hijastro para pasar a ser un hijo querido. ¿Será posible ver en ello una magnífica sublimación del rechazo anteriormente experimentado? Visto así pocas veces hubo un exilio más liberador para un escritor de su tiempo, pues gracias a él Alemán se autoparió.

Obras citadas

- Alemán, Mateo. Luis Gómez Canseco ed. *Guzmán de Alfarache*. Madrid: Real Academia Española, 2012.
- . *Ortografía castellana*. Francisco Ramírez Santacruz ed. En Mateo Alemán. Vol. 1 de *La obra completa*. Pedro M. Piñero Ramírez y Katharina Niemeyer dirs. Madrid/Frankfurt: Iberoamericana/Vervuert, 2014a. 267-475.
- . *San Antonio de Padua*. Marc Vitse ed. En Mateo Alemán. Vol. 2 de *La obra completa*. Pedro M. Piñero Ramírez y Katharina Niemeyer dirs. Madrid/Frankfurt: Iberoamericana/Vervuert, 2014b.
- . *Guzmán de Alfarache*. David Mañero Lozano ed. En Mateo Alemán. Vol. 3 de *La obra completa*. Pedro M. Piñero Ramírez y Katharina Niemeyer dirs. Madrid/Frankfurt: Iberoamericana/Vervuert, 2014c.

- Cartaya Baños, Juan. “‘Que se auia pedido limosna para enterrallo’: Una información definitiva sobre la muerte de Mateo Alemán en México.” *Archivo Hispalense* 94.285-287 (2011): 263-281.
- Cavillac, Michel. Juan M. Azpitarte Almagro trad. *Pícaros y mercaderes en el “Guzmán de Alfarache”*. *Reformismo burgués y mentalidad aristocrática en la España del Siglo de Oro*. Granada: Universidad de Granada, 1994.
- . “San Antonio de Padua y la ‘novela familiar’ de Mateo Alemán.” En su *“Guzmán de Alfarache” y la novela moderna*. Madrid: Casa de Velázquez, 2010a. 23-35.
- . “Juan Gualberto, el emperador Zenón y Guzmán de Alfarache.” En su *“Guzmán de Alfarache” y la novela moderna*. Madrid: Casa de Velázquez, 2010b. 147-163.
- Correas, Gonzalo. *Ortografía kastellana nueva i perfeta*. Salamanca: Jacinto Tabernier, 1630.
- Cros, Edmond. “La puesta en escena del sujeto cultural: estudio semiótico de un retrato de Mateo Alemán.” En su *El sujeto cultural: sociocrítica y psicoanálisis*. Medellín: Universidad Eafit, 2003. 91-107.
- García Fernández, Manuel. “Mateo Alemán y la Hermandad de Jesús Nazareno”. En Mateo Alemán. Manuel García Fernández ed. *Regla de la cofradía*. Vol. 1 de *La obra completa*. Pedro M. Piñero Ramírez y Katharina Niemeyer dirs. Madrid/Frankfurt: Iberoamericana/Vervuert, 2014. 53-63.
- Gestoso y Pérez, José. *Nuevos datos para ilustrar las biografías de Juan de Mal Lara y de Mateo Alemán*. Sevilla: La Región, 1896.
- Gil, Juan. *Los conversos y la inquisición sevillana*. Sevilla: Universidad de Sevilla, 2001. Vol 3.
- Gómez Camacho, Alejandro. “Las ideas pedagógicas en la *Ortografía castellana* de Mateo Alemán.” *Revista española de pedagogía* 257 (2014): 159-173.
- Gómez Canseco, Luis. “Mateo Alemán y el *Guzmán de Alfarache*”. En Mateo Alemán. Luis Gómez Canseco ed. *Guzmán de Alfarache*. Madrid: Real Academia Española, 2012. 761-929.
- . “La Sevilla odiada de Mateo Alemán.” *Minervae Baeticae. Revista de la Real Academia Sevilla de Buenas Letras* 41 (2013): 113-123.
- González, Julio. *Repartimiento de Sevilla*. Madrid: CSIC, 1951. 2 vols.
- Guillén, Claudio. “Los pleitos extremeños de Mateo Alemán.” En su *El primer siglo de oro. Estudios sobre géneros y modelos*. Barcelona: Crítica, 1988. 177-196.
- Johnson, Carroll B. Reseña a *Pícaros y mercaderes en el “Guzmán de Alfarache”* de Michel Cavillac. *Nueva Revista de Filología Hispánica* 45.1 (1997): 171-180.
- Lejeune, Philippe. *Le pacte autobiographique*. Paris: Seuil, 1975.
- López de Velasco, Juan. *Ortografía y pronunciación castellana*. Burgos, 1582.
- Márquez Villanueva, Francisco. “Sevilla y Mateo Alemán.” En Pedro M Piñero Ramírez ed. *Atalayas del “Guzmán de Alfarache”*. Sevilla: Universidad de Sevilla/Diputación de Sevilla, 2002. 45-64.
- Micó, José María. “El texto de la *Primera parte de Guzmán de Alfarache*.” *Hispanic Review* 57 (1989): 1-24.
- Navarro Tomás, Tomás. “La ortografía de Mateo Alemán.” En Mateo Alemán. José Rojas Garcidueñas ed. *Ortografía castellana*. México: El Colegio de México, 1950. xiii-xxxix.

- Piñero Ramírez, Pedro M. "Los retratos de Mateo Alemán." En Mateo Alemán. Pedro M. Piñero Ramírez y Katharina Niemeyer dirs. *La obra completa*. Madrid-Frankfurt: Iberoamericana-Vervuert, 2014. xxi-lxxiv. Vol 1.
- Pozuelo Yvancos, José María. *Poética de la ficción*. Madrid: Síntesis, 1993.
- Ramírez Santacruz, Francisco. "Mateo Alemán y las letras. Reflexiones en torno a la *Ortografía castellana*." *Romance Notes* 54.3 (2014a): 325-334.
- . "Autobiografismo en Mateo Alemán: apuntes sobre su obra filológica del ciclo novohispano." *Hipogrifo* 2.1 (2014b): 143-153.
- . "Ruptura y renovación en la *Ortografía castellana* (1609): las 'novedades verdades' de Mateo Alemán." *Criticón* 120-121 (2014c): 103-116.
- Rico, Francisco. "Vida de Mateo Alemán." En Mateo Alemán. Francisco Rico ed. *Guzmán de Alfarache*. Barcelona: Planeta, 1983. 915-944.
- Rodríguez Marín, Francisco. "Vida de Mateo Alemán." En su *Discursos leídos ante la Real Academia Española*. Madrid: Tipografía de F. de P. Díaz, 1907. 3-53.
- . "Documentos hasta ahora inéditos referentes a Mateo Alemán y a sus deudos más cercanos (1546-1607)." *Boletín de la Real Academia Española* 20 (1933): 167-217.
- Schons, Dorothy. "Letters from Alemán." *Notes from Spanish Archives* 1 (1946): 17.
- Vitse, Marc. "Introducción". En Mateo Alemán. Marc Vitse ed. *San Antonio de Padua*. Vol 2 de *La obra completa*. Pedro M. Piñero Ramírez y Katharina Niemeyer dirs. Madrid/Frankfurt: Iberoamericana/Vervuert, 2014. 21-91.